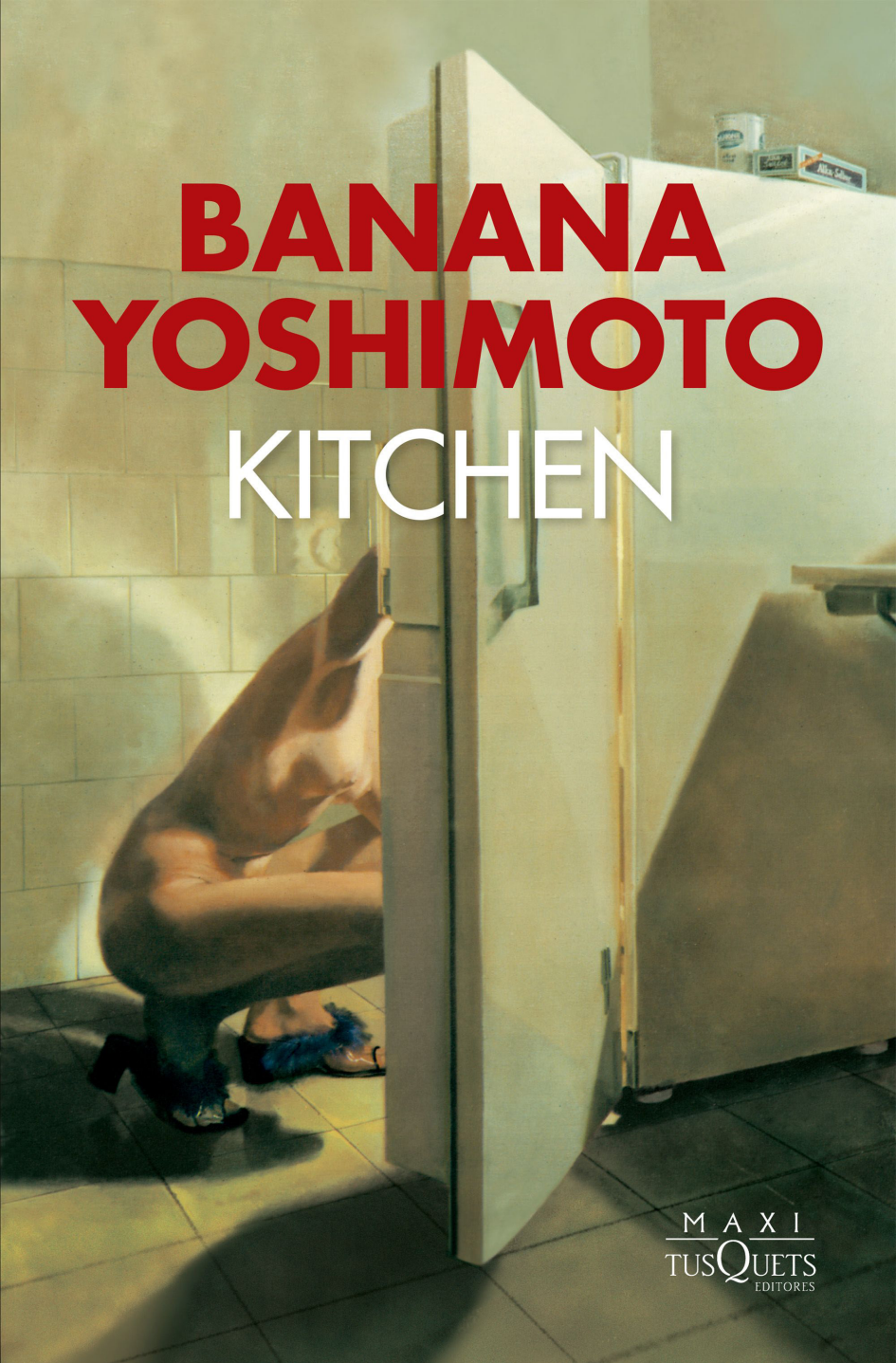


A surrealist painting depicting a woman with a banana for a head. She is crouching in a kitchen, looking into an open white refrigerator. She is wearing blue high-heeled shoes with fur trim. The kitchen has light-colored tiled walls and a tiled floor. On top of the refrigerator, there are some small items, including a can of condensed milk and a box of tea. The title 'BANANA YOSHIMOTO KITCHEN' is overlaid on the image in large, bold, red and white letters.

BANANA YOSHIMOTO KITCHEN

MAXI
TUSQUETS
EDITEURS

BANANA YOSHIMOTO KITCHEN

Traducción del japonés
de Junichi Matsuura y Lourdes Porta

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Creo que la cocina es el lugar del mundo que más me gusta. En la cocina, no importa de quién ni cómo sea, o en cualquier sitio donde se haga comida, no sufro. Si es posible, prefiero que sea funcional y que esté muy usada. Con los trapos secos y limpios, y los azulejos blancos y brillantes.

Incluso las cocinas sucísimas me encantan.

Aunque haya restos de verduras esparcidos por el suelo y esté tan sucio que la suela de las zapatillas quede ennegrecida, si la cocina es muy grande, me gusta. Si allí se yergue una nevera enorme, llena de comida como para pasar un invierno, me gusta apoyarme en su puerta plateada. Cuando levanto los ojos de la cocina de gas grasienta y del cuchillo oxidado, en la ventana brillan estrellas solitarias.

Sólo estamos la cocina y yo. Pero creo que es mejor que pensar que en este mundo estoy yo sola.

Cuando estoy agotada suelo quedarme absorta. Cuando llegue el momento, quiero morir en la cocina. Sola en un lugar frío, o junto a alguien en un lugar cálido, me gustaría ver claramente mi muerte sin sentir miedo. Creo que me gustaría que fuese en la cocina.

Antes de que me acogiera la familia Tanabe, dormía siempre en la cocina. Una noche en que no podía conciliar el sueño, salí de mi habitación y busqué un lugar cómodo. Me di cuenta, al amanecer, de que donde mejor podía dormir era junto a la nevera.

Yo, Mikage Sakurai, soy huérfana. Mis padres murieron jóvenes. Me criaron mis abuelos. Mi abuelo murió en la época de mi ingreso en la escuela secundaria. Desde entonces, vivíamos solas mi abuela y yo.

Hace poco murió mi abuela inesperadamente. Me asusté.

La familia, esta familia que realmente he tenido, fue reduciéndose poco a poco a lo largo de los años, y ahora, cuando recuerdo que estoy aquí, sola, todo lo que tengo ante los ojos me parece irreal. Ahora, en la habitación en la que nací y crecí, me sorprende ver que el tiempo ha pasado y que estoy sola.

Como en la ciencia ficción. Es la oscuridad del universo.

Después del entierro estuve como ausente tres días.

Yo arrastraba suavemente un sueño tranquilo que acompañaba a una tristeza inmensa sin hacerme apenas derramar lágrimas, y extendí el *futon** en la cocina, que brillaba en silencio. Como Linus, dormí envuelta en una manta. El zumbido de la nevera me protegía de los pensamientos de soledad. Allí, la noche, larga, pasó bastante sosegada y llegó la mañana.

Sólo quería dormir bajo las estrellas.

Sólo quería despertarme con la luz de la mañana.

Todo lo demás, simplemente, fue pasando despacio.

¡Pero... yo no podía seguir así! La realidad es dura.

Mi abuela me había dejado algún dinero, pero el apartamento era demasiado grande para una persona sola y tenía que buscar otro.

Qué remedio. Compré una revista de apar-

* *Futon*: cama japonesa que consta de un colchón y de un edredón. (N. de los T.)

tamentos de alquiler y la hojeé, pero al ver, uno tras otro, tantos apartamentos parecidos, me mareé. Una mudanza es un trabajo pesado. Hace falta fuerza.

No me sentía bien. Tumbada día y noche en la cocina, tenía el cuerpo entumecido, y tampoco me importaba aclarar mis ideas. Total, para ir a ver apartamentos, trasladarme, solicitar el teléfono...

Enumerando todas las dificultades que se me ocurrían, me desanimaba y me pasaba los días sin hacer nada. Fue entonces, lo recuerdo muy bien, cuando él vino como un milagro caído del cielo.

—¡Ding-dong! —el timbre sonó inesperadamente.

Era una tarde de primavera un poco nublada. Harta ya de hojear revistas de apartamentos, estaba empaquetándolas con una cuerda. De todos modos tenía que mudarme. Salí corriendo atolondrada con una especie de camisón y, sin pensar, descorrí el cerrojo, abrí la puerta (no era un ladrón, por suerte) y allí estaba Yūichi Tanabe.

—Te agradezco lo del otro día —dije.

Era un chico muy amable, un año menor que yo. Me ayudó mucho el día del funeral. Me

dijo que estudiaba en la misma universidad que yo. En aquella época yo no iba mucho por clase.

—No tiene importancia —dijo—. ¿Has decidido ya dónde vas a vivir?

—No, aún no —y sonreí.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué no entras? ¿Te apetece un té?

—No. Ahora tengo prisa —sonrió—. He pasado un momento a decirte sólo una cosa. Lo he estado hablando con mi madre. ¿Quieres vivir una temporada en casa?

—¿Qué? —dije.

—De todos modos, pásate por casa esta noche alrededor de las siete. Mira, te he hecho un plano.

—Sí —cogí el papel, confusa.

—Bueno, entonces hasta luego. A mi madre y a mí nos encantaría que vinieras, Mikage.

Sonrió. Como su expresión era alegre, me quedé mirándolo fijamente a los ojos, allí de pie en el recibidor que tan acostumbrada estaba a ver. También era porque había dicho mi nombre inesperadamente.

—Bueno, sí..., iré a veros, sea como sea.

Por un momento me había tentado su ofrecimiento. Su actitud, muy serena, me hacía confiar en él. En la oscuridad que se cerraba delante de mis ojos se veía un camino seguro que

brillaba con una luz blanca. Por eso había hablado así.

—Hasta luego —dijo sonriendo, y se fue.

Hasta el entierro de mi abuela apenas lo conocía. Aquel día, cuando Yūichi Tanabe vino, me pregunté, de verdad, si no había sido el amante de mi abuela. Mientras quemaba incienso le habían temblado las manos y cerró los ojos llorosos. Al mirar la fotografía de mi abuela, volvió a derramar lágrimas.

Parecía tan triste que, por un momento, pensé que quería a mi abuela más que yo.

Enjugándose las lágrimas con un pañuelo, había dicho:

—Déjame que te ayude.

Y me ayudó mucho.

Yūichi Tanabe.

Debía de estar aturdida, porque me costó recordar cuándo había oído a mi abuela decir aquel nombre.

Trabajaba en la floristería a la que mi abuela solía ir. Recuerdo que decía a menudo: «Hay un chico muy amable...», «Yūichi Tanabe...», «Hoy también...».

A mi abuela le gustaban mucho las flores, y nunca dejó de poner un ramo en la cocina. Por eso iba a la floristería dos veces por semana.

Pensándolo bien, creo que él vino una vez a casa, detrás de mi abuela, llevando una planta en los brazos.

Era guapo, de brazos y piernas largos. Yo no lo conocía, pero estaba segura de haberlo visto en la tienda trabajando con verdadera pasión. Después, cuando al fin lo conocí, pensé que transmitía una sensación de aislamiento, no sé por qué. Aunque su forma de ser y de hablar eran dulces, me pareció que estaba solo. En fin, lo conocía tan poco que para mí era un perfecto extraño.

Aquella noche llovía. Fui andando, con el plano, en la noche brumosa de primavera mientras una lluvia tibia envolvía las calles.

La familia Tanabe vivía justo frente a mi casa. Pero entre su casa y la mía estaba el parque central. Al atravesarlo, casi me ahogó el aroma del verdor de la noche. Caminé, chapoteando, por el arco iris reflejado en el camino brillante y mojado.

Sinceramente, me dirigía a casa de los Tanabe sólo porque me habían invitado. No pensaba en nada.

Cuando levanté los ojos y vi lo alto que estaba el décimo piso, pensé que, seguramente, desde su casa habría una vista nocturna preciosa.

Salí del ascensor, avancé por el pasillo en

el que mis pasos resonaban demasiado. Al apretar el timbre, Yūichi abrió la puerta.

—Bienvenida —dijo.

—Hola —dije, y entré en una habitación bastante extraña.

Lo primero que atrajo mi mirada fue un enorme sofá que dominaba el salón, junto a la cocina. De espaldas a los estantes donde se alineaban ollas y pots, en vez de la mesa y la alfombra, estaba el sofá. Era un sofá tapizado en beige, como para un anuncio publicitario, como para que se sentara toda una familia a ver la televisión, como para que frente a él se tumbara un perro demasiado grande para una casa japonesa. Realmente era un sofá magnífico.

A través de un gran ventanal se veía la terraza, tan llena de plantas, en macetas y jardineras, que parecía una jungla. Toda la casa estaba llena de flores. Por todas partes había jarrones, todos diferentes, llenos de flores.

—Mi madre ha dicho que se escaparía un rato del bar. Mientras, si quieres, puedes mirar la casa. ¿Quieres que te la enseñe? ¿En qué te fijas tú? —dijo Yūichi, sirviendo el té.

—¿Para qué? —dije, desde el blando sofá.

—Para juzgar la casa y a los que viven en ella. Dicen que se puede conocer a la gente viendo su lavabo.

Hablaba con sosiego, sonriendo débilmente.

—En la cocina —dije.

—¿Ah, sí? Aquí está. Puedes mirar lo que quieras —dijo él.

Fui dando vueltas, mirándolo todo con atención, detrás de Yūichi, que preparaba té.

La alfombra, sobre el parqué reluciente, era suave; las zapatillas de Yūichi, de buena calidad; los cacharros de cocina, justo los necesarios y muy usados, estaban colgados en fila, ordenadamente. Junto a una sartén plateada, había un cuchillo de pelar alemán que también yo tenía en casa. Mi abuela, que era muy perezosa, estaba encantada con lo fácil que resultaba pelar con él las verduras.

El pequeño fluorescente iluminaba los vasos de cristal brillantes y los cacharros que aguardaban silenciosamente su turno. Estos objetos, a pesar de no ser uniformes, tenían una elegancia extraña. También había utensilios para algún uso específico, como los tazones, la fuente para gratinar, bandejas gigantescas, jarras de cerveza con tapa... No sé por qué, pero era fantástico que estuvieran allí todas estas cosas. También había una nevera pequeña. Yūichi me dijo que podía abrirla y, cuando lo hice, vi que estaba muy bien ordenada, sin sobras de comida.

Asintiendo con la cabeza, di unas vueltas mirándolo todo. Era una buena cocina. Me enamoré sólo con verla.

Cuando volví a sentarme en el sofá, me trajo un té caliente.

Estar frente a alguien que apenas conocía, y en su casa, me hizo sentir que no tenía a nadie en el mundo.

Veía mi imagen reflejada en el gran cristal en el que la noche iba difuminando cada vez más el paisaje nocturno mojado por la lluvia.

No había nadie en el mundo de mi misma sangre, y, así, me era posible ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Era magnífico.

Hace poco palpé, por primera vez, con mis manos y con mis ojos, un mundo amplio, una oscuridad profunda y un goce y una soledad sin fin. Me parece que, hasta ahora, he estado mirando el mundo con un ojo cerrado.

—¿Por qué me has dicho que viniera? —pregunté.

—He pensado que estarías pasando un mal momento —dijo amablemente, entrecerrando los ojos—. Tu abuela siempre había sido muy cariñosa conmigo, y en casa, como ves, nos sobra sitio, así que no hay problema. Además, ¿no tienes que marcharte de allí, ya?

—Sí, el dueño ha sido muy amable y me ha dado más tiempo para mudarme.

—Entonces, ¿por qué no vienes? —dijo, como si eso fuera lo más natural.

Su actitud, nunca muy fría, nunca muy cá-

lida, me confortaba. No sé por qué, pero había algo en él que me punzaba el corazón y me hacía llorar. Entonces, la puerta se abrió y entró, corriendo y casi sin aliento, una mujer muy hermosa.

Me sorprendió y abrí los ojos. Ya no era joven, pero era realmente hermosa. Por el espeso maquillaje y el vestido tan poco apropiado para llevar un día corriente, comprendí que trabajaba en un local nocturno.

—Es Mikage Sakurai —le dijo Yūichi al presentarme.

Ella, jadeando, con una voz un poco ronca, dijo:

—Encantada —sonrió—. Soy la madre de Yūichi. Me llamo Eriko.

¿Su madre? Estaba tan sorprendida que no podía apartar los ojos de ella. Llevaba el pelo suelto hasta los hombros, los ojos eran rasgados, profundos y brillantes, los labios bonitos, la nariz recta... y, además, todo su cuerpo emanaba una luz muy viva, como un latido de vida. No parecía un ser humano. Nunca había visto a nadie como ella.

Mirándola con una fijeza casi impertinente, dije:

—Mucho gusto —y le devolví la sonrisa.

—¿Te quedarás, verdad? —dijo cariñosamente y, luego, volviéndose hacia Yūichi—: No podía

escaparme. He dicho que iba al lavabo y he venido corriendo. Convince a Mikage para que se quede, por la mañana tendré más tiempo —dijo inquieta y, haciendo ondear su vestido rojo, corrió hacia el recibidor.

—¿Te llevo en coche? —le preguntó Yūichi.

—Siento haberle causado tantas molestias —dije yo.

—En absoluto. No esperaba que, precisamente hoy, se llenara el bar. Así que eres tú quien debe perdonarme. Entonces, mañana, ¿verdad?

Iba corriendo de un sitio a otro con sus tacones altos. Yūichi dijo:

—Espérame viendo la tele, haz lo que quieras.

Salió corriendo tras ella y yo me quedé allí, asombrada.

«Mirándola bien bien, tiene las arrugas propias de su edad y los dientes no son perfectos.» Y sentí que ésta era la parte de ella que me parecía más humana. Sin embargo, era una mujer magnífica. Hacía que quisiera verla de nuevo. En mi corazón, una luz tibia brillaba suavemente con los restos de su imagen, y comprendí que eso era la fascinación. Como Helen cuando descubrió el agua,* las palabras explotaron, frescas,

* Helen Keller, ciega y sordomuda cuya primera experiencia comunicativa con su educadora fue a través del contacto con el agua. (*N. de los T.*)

ante mis ojos. No estaba exagerando, tanta había sido la sorpresa que me había producido el encuentro.

Yūichi volvió al poco jugueteando con las llaves.

—Si no tenía más de diez minutos, hubiera bastado una llamada, ¿no crees? —dijo, quitándose los zapatos.

Yo, sin moverme del sofá, dije:

—Sí.

—Mi madre te ha dejado boquiabierta, ¿eh? —dijo.

—Sí. Es que es tan guapa... —respondí con franqueza.

—Sí, mucho. —Yūichi se acercó sonriendo y se sentó en el suelo frente a mí—. Se ha hecho la cirugía estética —dijo.

—¿Ah, sí? —dije, fingiendo naturalidad—. He pensado que no os parecíais.

—¿Te has dado cuenta? —continuó de una forma increíblemente extraña—. Es un hombre.

Esta vez no siguió hablando.

Yo, con los ojos muy abiertos, lo miraba en silencio.

Aún, sí, aún pensaba que no tardaría en decirme que era una broma. Aquellos dedos delgados, aquellos gestos, la manera de andar...

Contuve el aliento recordando aquella cara tan hermosa y esperé, pero Yūichi parecía estar simplemente contento.

—Pero —abrí la boca—, entonces, no es tu madre como dices.

—Tú, en mi lugar, ¿la llamarías padre? —dijo tranquilamente.

En realidad no podía pensar eso. Su respuesta era lógica.

—¿Eriko es su verdadero nombre?

—No. Es falso. El verdadero es Yūji, me parece.

Sentí como si todo, ante mí, fuera blanquísimo. Después logré serenarme y entrar en la conversación. Pregunté:

—Entonces, ¿quién es tu verdadera madre?

—Hace tiempo ella era un hombre —dijo—, cuando era joven. Entonces estaba casado y su mujer era mi verdadera madre.

—¿Qué clase de persona debía de ser? —dije sin poder adivinarlo.

—Ni yo mismo lo recuerdo. Era muy pequeño cuando murió. Pero tengo una foto. ¿Quieres verla?

—Sí.

Moví la cabeza afirmativamente y él, sin levantarse, deslizó fuera de su cartera de mano un billetero, sacó una fotografía antigua y me la dio.